ENVUELTO POR LA OSCURIDAD

Damián Güeto

ENVUELTO POR LA OSCURIDAD

Damián Güeto

avant
editorial

Primera edición, febrero de 2023
© Damián Güeto, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-37-5
IBIC: FH

A mis padres Ulises y Elena por su gran confianza y paciencia,
a mi hermana Selena la gran inspiración para escribir esta historia
y también a mis amigos por su ánimo,
apoyo y ayuda desde el principio

Gracias a todos

1 - EL INSTITUTO

Era una fría mañana de invierno y aún me encontraba medio dormido. Aunque eso me pasaba todos los días que tenía que madrugar para ir a clase, no era ninguna novedad. Pero aquella semana, todo fue diferente, ya que tenía que madrugar aún más para poder llegar a mi hora al instituto.

Me encontraba en casa de mi tío Isaac, que vive en otro pueblo, no muy lejos del nuestro pero lo suficiente como para tener que despertarme media hora antes de lo habitual para cumplir con mi compromiso lectivo. Mis padres y mi hermana no estaban, se habían ido de viaje durante unos días. Les había tocado un sorteo en el centro comercial hacía ya unas semanas y no podían cambiar la fecha. Mi padre incluso había pedido unos días libres en el trabajo, al igual que mi madre, para poder ir. Por lo que con gran pesar y sintiéndolo mucho se fueron los tres sin mí.

Ya eran casi las vacaciones de Navidad por lo que mi hermana ya había acabado las clases de primaria unos días antes, pero se daba la casualidad que justo coincidía que yo tenía un examen de recuperación de Historia. Si no lo aprobaba suspendería la evaluación, y tampoco soy un alumno ejemplar que digamos. Si no recuperaba aquel examen mis padres me mandarían a clases particulares, y la verdad que no me hacía demasiada ilusión. Por lo que perderme aquel viaje fue inevitable.

En aquel momento me encontraba en el coche de mi tío, repasando para el examen que tenía a primera hora, justo nada más llegar. Yo iba muy bien equipado aquella mañana, ya que el frío que hacía casi cortaba la respiración. El termómetro del coche apenas marcaba los 2ºC y yo llevaba puestos mi gorro y mis guantes, algo que no era muy habitual en mí. El coche de mi tío tampoco era muy nuevo, por lo que el frío de fuera entraba hacia dentro por todos los rincones. Esto provocaba que la calefacción apenas contrarrestase la temperatura del exterior, causándome casi una hipotermia.

Con dificultad lograba concentrarme en repasar mis apuntes, aunque eso no era demasiado problema ya que casi me sabía toda la lección. En el anterior examen había tenido un fallo técnico y había sacado un 4,5, la materia era la misma, así que no creo que cambiase demasiadas preguntas. Sería bastante similar al examen que suspendí, por lo que en ese aspecto me encontraba bastante tranquilo.

—Bueno Dani, ya hemos llegado, que tengas suerte en el examen. Después ya no te vendré a buscar, tus padres llegarán más o menos a la hora que acaben las clases. Vete para casa que seguro que ya están allí esperándote —me dijo mi tío

mientras me miraba y me hacia un gesto con el dedo pulgar en plan, «venga *crack* que tú puedes con todo».

—Vale tío, ya nos veremos. Gracias por cuidar de mí estos días —le dije mientras bajaba del coche, le devolvía el gesto de pulgar y cerraba la puerta con una sonrisa forzada.

Mi tío era un hombre bastante solitario, vivía solo y no solía visitarnos demasiado, pero siempre que mi madre le avisaba, para lo que fuese estaba ahí. Aunque le costaba bastante cuidar de mí o de mi hermana. Nunca fue demasiado aficionado a los niños, parecía que los quería bastante lejos de él, como si les tuviera alergia o algo por el estilo.

Cogí mi bolso de viaje del maletero, con todas mis cosas dentro de pasar aquellos días en casa de mi tío, y justo en ese momento sonó el timbre. Cerré el maletero y me fui corriendo para clase, ya que si llegaba tarde al examen, igual el profesor después no me dejaba entrar, y no estaba yo como para que eso sucediera.

Tras cruzar el pasillo y ver cómo cada alumno se dirigía a sus respectivas aulas para hacer sus recuperaciones correspondientes, abrí rápidamente la puerta de la mía. Entré en clase y pude comprobar que el profesor todavía no había llegado, ¡menos mal!, aún se encontraban todos arropados al fondo de la sala, calentando sus manos encima de las estufas, apurando al máximo el tiempo para poder repasar sus apuntes. En ese mismo instante tras de mí, entró el profesor de Historia con su maletín y lo puso encima de la mesa.

—Siéntense con un pupitre de separación entre cada uno y prepárense para hacer el examen —dijo mientras sacaba del maletín el montón de folios que nos iba a repartir posteriormente.

No estábamos todos los alumnos, ya que al tratarse de una recuperación, éramos menos de la mitad. Solo los que habíamos suspendido estábamos allí, por lo que mantener un pupitre de distancia no sería muy complicado. Nos empezamos a sentar y por suerte me tocó justo detrás, aunque en la fila de al lado, de mi querida Amanda.

Amanda Walker. Llevaba años enamorado de aquella chica, desde primaria por lo menos, o incluso antes. Habíamos compartido clase casi desde que tengo memoria, y claro, tantos años sentado cerca suya, habían conseguido que me fijase tal vez demasiado en ella. Con total certeza y seguridad, todas las horas que había pasado embobado mirándola habían repercutido negativamente en mi rendimiento académico. Aunque la culpa realmente fuese mía también por distraerme con demasiada facilidad, cuando se encuentra cerca de mí no sé qué me pasa que no consigo atender a lo que realmente tengo que atender, me disperso y pierdo la concentración por completo.

En ese momento, pasó el profesor por mi lado y me dio mi examen, lo cogí y lo leí de arriba abajo. No parecía muy complicado, como suponía era bastante parecido al anterior, incluso contenía alguna pregunta repetida que ya había contestado bien previamente, en el que suspendí. Era mi día de suerte.

Una vez acabado el examen y tras repasarlo detenidamente, me quedé allí un rato contemplando a Amanda, la cual estaba todavía con su examen. No tenía prisa, aún sobraba tiempo hasta que llegase el profesor de la siguiente asignatura.

Para mí era la chica más guapa que había visto nunca, me quedaba sin palabras cada vez que hablaba con ella,

probablemente si no hubiese sido tan tímido durante todos estos años ahora quizás sería mi novia, pero dejé pasar mi oportunidad y ahora tiene novio, o bueno, "está liada", que ahora ya no sé distinguir bien la diferencia de lo que es una cosa y cual la otra. Y el susodicho estaba justo delante de mí, el chico rubio que se encontraba sentado en el pupitre continuo al mío, todo concentrado haciendo su examen. Él era Jonathan Wilkinson, un chaval bastante problemático y mal encarado, y también un poco idiota la verdad, no sé cómo Amanda podía estar con él. Había empezado este año en nuestra clase, creo que vivía en el pueblo de al lado, donde mi tío tiene su casa, pero ahora se había mudado al nuestro junto con sus padres.

—Daniel Evans, atienda a su examen —me dijo el profesor, y es que claro, ya había acabado y estaba pasmado mirando para Amanda. Seguro que pensaba que quería copiar o algo parecido. Mejor entrego el examen y me voy un rato a tomar el aire afuera mientras todo el mundo termina.

La mañana al no haber clase fue bastante llevadera, solo había horas de repaso y exámenes de recuperación antes de finalizar la evaluación. Yo no tenía nada más que hacer en el instituto por ese día, podría irme a mi casa perfectamente, pero mis padres se olvidaron de dejarme unas llaves y tenía que esperar allí toda la mañana a que volviesen. Entre una hora y otra, iba y venía gente de mi clase que tenía que recuperar diferentes asignaturas. Para entretenerme y no aburrirme demasiado, tomaba algo con ellos en la cafetería o charlaba un rato en la puerta del instituto a medida que iban saliendo de sus respectivos exámenes.

De esa manera pasó bastante rápido la mañana, ya no quedaba nada para poder irme a mi casa. Estaba aburrido de mirar para el reloj deseando que fuesen las dos de la tarde. Me moría de ganas de ver a mi hermana, quiero un montón a esa condenada. Cuando era pequeña apenas le hacía caso, ni miraba para ella, pero a medida que han ido pasando los años le fui cogiendo más y más cariño. Ahora tiene seis años, pero parece que tenga muchos más, es súper inteligente, siempre saca sobresalientes, es la más lista de su clase. Lo primero que iba hacer al llegar a casa sería abrazarla.

En ese instante sonó el timbre, era el momento de volver por fin con mi familia. Entré en clase a coger todas mis cosas, eché un último vistazo a mi querida Amanda, que todavía andaba rondando por allí también, y me dirigí a mi casa.

No se encontraba muy lejos, vivía a unos diez minutos caminando, iba casi siempre andando a no ser que diluviase o algo parecido; cuando era así, me solían acercar o venir a buscar en coche.

A aquella hora ya no hacía tanto frío como por la mañana. Pero a pesar de que la temperatura había cambiado bastante, el cielo estaba muy nublado y no se veía el sol. En cualquier momento parecía que podrían empezar a caer unas gotas.

Casi llegando a mi casa empecé a escuchar el sonido de una sirena. Parecía la de un coche de policía o una ambulancia, debía haber sucedido un accidente o algo por el estilo cerca de allí.

El sonido de las sirenas era cada vez más intenso y se estaban acercando a donde yo me encontraba. Estaba casi viendo mi casa a lo lejos cuando un coche de policía pasó

justo por mi lado a toda velocidad y se detuvo unos cincuenta metros más adelante de donde yo estaba.

¡Espera un momento!, se había parado justo delante de mi casa; en ese instante me quedé helado, ¿que estaba sucediendo?, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y no pude evitar asustarme. Seguí andando despacio deseando que aquello no estuviese pasando realmente y todo fuese una confusión o un error. Pero de dentro del vehículo salieron dos policías, uno se dirigió hacia la puerta de mi casa y el otro se quedó mirándome mientras me aproximaba a él. Justo cuando llegué a su altura se acercó a mí y me preguntó:

—¿Tú eres Daniel Evans? — Yo le respondí que sí con bastante miedo y con voz temblorosa—.Verás, ha habido un terrible accidente de coche, hace un par de horas a las afueras del pueblo y tus padres… — No me podía creer lo que aquel hombre me estaba contando—. Han fallecido.

Me quedé petrificado, como si el mundo se hubiese detenido, no era capaz de asimilar lo que me acababa de decir. Qué haría yo con catorce años y completamente solo. No volvería a ver a mis padres, aquello no podía ser real, era una pesadilla de la que me quería despertar lo antes posible. Solté todo lo que llevaba encima, me agarré a aquel policía y comencé a llorar… pero pasados unos angustiosos segundos no pude evitar preguntar casi sin voz y entre sollozos—: ¿Y mi hermana?

—Tu hermana se encuentra muy grave en el hospital, te veníamos a buscar precisamente para llevarte junto a ella. Te necesita en estos complicados momentos.

Sin dilación me subí con aquellos agentes al coche patrulla y me dirigí al hospital donde se encontraba mi hermana.

2- EL CUMPLEAÑOS

Los rayos de luz ya se colaban tímidamente entre las rendijas de la persiana. Algunos de ellos incluso me daban en los ojos, lo que hacían un poco difícil seguir durmiendo. Me encontraba cansado, como si no hubiese dormido bien durante la noche, pero no recordaba haber soñado, ni tenido ninguna pesadilla, ni haberme desvelado… mi sensación era rara e incómoda, pero lo mejor era levantarse y comenzar a preparar el duro día que tenía por delante.

Me duché y me vestí con un vaquero y una camiseta de manga corta, era un día algo caluroso para el mes en el que estábamos, pero el tiempo no era de fiar, siempre había que tener una sudadera o una chaqueta a mano.

Bajé las escaleras de la casa y entré a la cocina. No había demasiadas cosas ni en la nevera ni en las alacenas, tenía que acordarme de ir al supermercado, estaba bajo mínimos en provisiones. Fui a la despensa y me cogí unos zumos y unas

galletas que por suerte no estaban caducadas todavía, y las puse en la mesa.

Se empezó a oír un ruido por las escaleras. Alguien estaba bajando. Me acerqué a la puerta, me agaché tras de ella y esperé el momento exacto.

—¡Buhhh! —grité mientras hacía aspavientos y me asomaba desde detrás de la puerta de la cocina.

—Dani, eres tonto, me has asustado —decía Brit mientras se recuperaba del susto y me daba dos fuertes golpes en el brazo como venganza.

—Venga, desayuna algo rápido que pronto pasará el autobús del colegio y no puedes irte sin comer nada —dije mientras miraba el reloj y comprobaba cómo en menos de diez minutos, el transporte escolar pasaría por delante de nuestra casa.

Brit se sentó a la mesa y se puso a tomar su zumo y sus galletas felizmente. Fue entonces cuando me miró fijamente y con algo de ironía preguntó—: ¿No te habrás olvidado del día que es hoy, verdad?

Yo, con una sonrisa algo pícara le respondí—: Pues claro que sé qué día es, o pensabas que me iba olvidar de tu cumpleaños.

—¿Y qué me vas a regalar? —preguntó toda ilusionada saltando en la silla, esperando recibir ya su regalo.

—Eso será una sorpresa para cuando vuelvas del colegio. Hasta entonces te toca esperar —le dije mientras se relajaba de nuevo, fruncía el ceño con discrepancia y se acababa su desayuno.

Pero la verdad es que todavía no le había comprado su regalo, había esperado tanto al último momento que el tiempo

se me había venido encima por completo. Pero ya sabía lo que le iba regalar, ya hacía tiempo que lo tenía pensado. Miré por la ventana de la cocina y pude ver a lo lejos cómo se acercaba ya el transporte escolar. En un minuto aproximadamente estaría allí.

—Venga Brit corre, coge tu mochila que ya está el autobús aquí —le dije mientras recogía su desayuno de la mesa y tiraba todos los envoltorios a la basura.

—Pronto vendré para celebrar mi cumpleaños —me respondió entusiasmada mientras le abría la puerta y le daba un gran abrazo.

—Aquí estaré esperándote, venga, corre —le contesté mientras se iba y me miraba de nuevo ilusionada. Era la niña más bonita que existía, la mejor hermana que podía tener y por supuesto se merecía toda la felicidad del mundo.

Disponía de varias horas de margen, pero tampoco me debía despistar demasiado. Tenía que ir a la pastelería, a comprar el regalo y al supermercado. Me llevaría su tiempo todo. Cogí el móvil, la cartera y las llaves y salí de casa lo más rápido posible, no había tiempo que perder.

Me encaminé a paso firme al súper que había en el centro. Bajé por la calle desde donde vivía todo recto intentando aprovechar la sombra lo máximo posible. Los árboles por aquella fecha ya estaban bastante florecidos, por lo que el paseo se hizo más llevadero de esta forma.

Una vez allí, entré al supermercado y pude notar el fresco del aire acondicionado. Con el sol abrasador que hacía afuera ya lo habían encendido y se agradecía, la verdad. Me adentré raudo entre aquellos pasillos para coger lo que me hacía falta para el cumpleaños. A aquellas horas el establecimiento estaba

todavía vacío, tres personas me crucé en todo el recorrido que hice con mi carrito. Había hecho bien en venir temprano.

No cogí demasiadas cosas para la celebración; un par de refrescos, chocolate y algo de picotear solamente, sería algo sencillo, ya que no había más invitados al evento, solo Brit y yo asistiríamos. A mayores compré únicamente algo de leche y cereales para desayunar ya que no quedaba nada en la despensa de casa, estaba todo vacío. Metí todo en la cesta y me dirigí a la caja rápidamente, puse los productos en la cinta, pagué y salí con mis dos bolsas, una en cada mano, en dirección a la tienda de juguetes que había allí enfrente para comprar el regalo de Brit. Cruzando la calle después de mirar a ambos lados por supuesto.

Entré y me puse a buscar lo que quería, así a primera vista no lo veía. El lugar aparte de juguetería también tenía sección de librería, por lo que estaba lleno de material escolar, lo que dificultaba ubicarte con precisión en su interior. Ya cruzando todas aquellas libretas, carpetas y subrayadores de colores, me aproximé a mi objetivo; la sección de juegos de mesa. Después de pasar entre varios estantes de diferentes alturas lo vi, entre el Juego de la Oca y el Parchís, allí se encontraba lo que estaba buscando y que llevaba tiempo queriéndole regalar. Lo cogí, lo llevé junto a la cajera y le dije que me lo envolviese para regalo. Lo pagué y salí de aquella tienda haciendo números de malabarismo con otra bolsa más en mis manos. Solo me faltaba ir a la pastelería y luego volver a casa para preparar todo antes de que Brit llegase. Debería de sobrarme tiempo incluso, pero con el calor que hacía y tantas vueltas que llevaba, ya estaba sin fuerzas. La sudada que tenía encima era ya importante. Compré un agua fría en

una máquina expendedora y casi me la bebí toda de un sorbo de la sed que tenía. Después me senté un rato a coger algo de aire en un banco bajo la sombra de un buen árbol y cuando estaba más o menos repuesto de energías para continuar, cogí de nuevo todas las bolsas del suelo y me dirigí a la pastelería.

Se encontraba calle arriba, casi más en dirección a mi casa que al centro. Fue el último sitio al que fui lógicamente, sino entre el calor y andar dando tantas vueltas, la tarta a saber en qué estado habría llegado.

Entré en la pastelería mientras escuchaba el sonido de la campanita que indicaba que alguien había abierto la puerta del establecimiento. Había un par de personas delante de mí. Puse las bolsas en una esquina en el suelo para no tener que aguantarlas incómodamente durante el tiempo que estuviese aguardando de pie, y esperé mi turno. Confiaba en que a Brit le gustase su regalo. No sabía jugar, pero con lo lista que es, pronto aprendería y además yo soy un buen profesor evidentemente, por lo que no le costaría mucho hacerlo.

—Hola, ¿qué desea? —me preguntó la dependienta, mientras yo estaba abstraído en mi mundo con mis pensamientos. Ya era mi turno, las otras dos personas de delante mío ya se habían ido y ni me había enterado.

—Hola, buenos días, pues… una tarta de nata y chocolate pequeña, es para dos personas —le dije mientras me relamía mirando el resto de tartas que tenían en el mostrador. Si por mí fuese, me las llevaría todas para comérmelas.

— ¿Es para un cumpleaños?, ¿Quiere que le pongamos algún mensaje de felicitación? —volvió a preguntarme de nuevo la dependienta.

—Pues sí, es el cumpleaños de mi hermana. FELICIDADES BRIT, en letras muy grandes para que se vea bien, por favor —respondí mientras sacaba la cartera del bolsillo.

—Perfecto, un minutito, espere ahí —me dijo mientras cogía la tarta y se la llevaba a la parte posterior de la tienda, al obrador, para inscribir el mensaje en ella. Y yo seguía allí pasmado con la boca hecha agua, ante tan bellos y deliciosos manjares. Esperaba que le gustase la tarta a Brit, era de sus dos sabores favoritos. No era muy grande, pero con el hambre que llegaría del colegio, seguro que se la comía casi toda y a mí me dejaba solo un trocito. Conociéndola no me extrañaría.

—Aquí tiene, son veintidós libras —me dijo la dependienta mientras me daba la tarta en su caja y yo le pagaba. Miré mi cartera tras el gasto y solo tenía veinte libras restantes. Había gastado todo y era lo único que me quedaba. En algún momento tenía que ir al banco o algo a sacar más dinero, pero por ahora no me hacía falta, aguantaría con aquello. Cogí todas mis bolsas de nuevo en una mano y la tarta en la otra para llevarla lo más recta posible y que no se me doblase, y me dispuse a irme a mi casa para poner todo a punto para la fiesta.

Tras un rato andando con dificultad, ya me empezaba a doler la mano, era demasiado peso en ella y se me cortaba la circulación. Por lo que cambié la tarta de mano y cogí las bolsas con la otra para aliviar un poco el trayecto hasta casa, no fuese ser que perdiese la sensibilidad por completo por no tener cuidado con el peso que cargaba.

Mientras hacía mi número de malabares andando de vuelta a casa con todo lo que llevaba encima, un chaval de